DÍA 10

Cómo ocurre la comunión

Mis actitudes

Para ser felices, debemos esforzarnos por alcanzar ese carácter que Cristo exhibió. Una peculiaridad notable de Cristo fue Su abnegación y benevolencia. No vino a buscar lo suyo. Anduvo haciendo el bien, y esto era Su comida y bebida. Podemos, siguiendo el ejemplo del Salvador, estar en santa comunión con Él, y al buscar diariamente imitar Su carácter y seguir Su ejemplo, seremos una bendición para el mundo y aseguraremos para nosotros el contentamiento aquí y una recompensa eterna en el más allá.

Nada es más esencial para la comunión con Dios que la humildad más profunda. «Yo habito», dice el Alto y Sublime, «con el que es de espíritu contrito y humilde» (Isaías 57:15). Mientras te esfuerzas tan ansiosamente por ser el primero, recuerda que serás el último en el favor de Dios si no cultivas un espíritu manso y humilde. El orgullo del corazón hará que muchos fracasen donde podrían haber tenido éxito. «Antes de la honra está la humildad» (Proverbios 18:12), y el paciente de espíritu es mejor que el soberbio de espíritu. «Cuando Efraín hablaba temblando, se engrandecía en Israel; pero cuando pecó en Baal, murió» (Oseas 13:1). «Muchos son llamados, pero pocos escogidos» (Mateo 22:14). Muchos oyen la invitación de la misericordia, son probados y examinados; pero pocos son sellados con el sello del Dios viviente. Pocos se humillarán como un niño pequeño, para que puedan entrar en el reino de los cielos.

Cada asociación que formamos, por limitada que sea, ejerce alguna influencia sobre nosotros. La medida en que cedemos a esa influencia será determinada por el grado de intimidad, la constancia del trato, y nuestro amor y veneración por aquel con quien nos asociamos. Así, por el conocimiento y la asociación con Cristo, podemos llegar a ser como Él, el único Ejemplo sin defecto.

¡La comunión con Cristo, cuán indeciblemente preciosa! Tal comunión es nuestro privilegio disfrutar si la buscamos, si hacemos cualquier sacrificio para asegurarla. Cuando los primeros discípulos oyeron las palabras de Cristo, sintieron su necesidad de Él. Lo buscaron, lo encontraron, lo siguieron. Estaban con Él en la casa, en la mesa, en el aposento, en el campo. Estaban con Él como alumnos con un maestro, recibiendo diariamente de Sus labios lecciones de verdad sagrada. Lo

miraban como siervos a su señor, para aprender su deber. Le servían alegre y gozosamente. Le seguían, como soldados siguen a su comandante, peleando la buena batalla de la fe. «Y los que están con Él son llamados, y escogidos, y fieles» (Apocalipsis 17:14).

Así como necesitamos alimento para sostener nuestra fuerza física, así necesitamos a Cristo, el Pan del cielo, para sostener la vida espiritual e impartir fuerza para hacer las obras de Dios. Como el cuerpo recibe continuamente el alimento que sostiene la vida y el vigor, así el alma debe estar constantemente en comunión con Cristo, sometiéndose a Él y dependiendo totalmente de Él.

4 Testimonios 227, 5 Testimonios 50 y 222, *El Discurso Maestro de Jesucristo 19*